

Los libros / 57

vés de una leve ironía reflejo de la desesperanza a veces, del dolor.

Palabras es un libro necesario. Un libro que habla directamente de to-

das las cosas que, lo queramos o no, son nuestra vida.

M.ª Cinta Montagut

A veces gran olvido



José Agustín Goytisolo, *A veces gran amor*. (Laia, Barcelona, 1981.)

"En horas miserables / entre la sombra amarga / te buscaba." Nos quedamos repitiendo estos tres versos, justamente estos tres, como alguna otra vez repetimos, y contamos a los amigos como se cuenta un suceso feliz, aquellos cuatro que decían: "componer hermosos versos, vacíos, sí, pero sonoros, / melodiosos como el laúd, / que adormezcan, que transfiguren, / que apacigüen los ánimos, ¡qué barbaridad!". Y los siete versos eran de un mismo poeta, los cuatro últimos de un poema llamado *Los celestiales*, de no sé cuál de sus libros, los tres primeros de *Por rincones de ayer*, incluido en el reciente *A veces gran amor*. Versos de José Agustín Goytisolo que se quedaron, que están definitivamente en la memoria y en el diálogo, que es donde él, su autor, quiere que estén. Alguna vez, Jose-agustín señaló esa cualidad de alguna poesía, de aferrarse e imponerse a otros sonidos del ánimo, como probable pauta para la identificación por vía intuitiva de los mejores productos líricos. Que casi nunca son un libro, que casi siempre se encuentran en poemas, éste o aquél, y circulan así, sin portadas, por el mundo de las palabras más hondas. (Para muchos, Vallejo puede ser *Piedra negra sobre una piedra blanca*, "Me moriré en París, con aguacero...", o el enunciado: "mi padre es una víscera", sin que se atine a precisar en cuál de sus libros se encuentran; por ejemplo.)

Parecería preferible intentar la crítica de poesía —si es que ésta es practicable—, por el comentario de un poema u otro; por el comentario sentimental, claro, que lo académico es harina de otro costal.

La crítica más o menos académica, la que hacen quienes se sienten en la obligación de contar sílabas, o de clasificar en grupos, subgrupos, generaciones, tendencias o logias ("cuando un idiota de frente saliente, desde la cátedra, me analice hasta los puntos y las comas", escribió Maiakovsky), ha descuidado de manera evidente *A veces gran amor*. No es del caso esclarecer aquí las causas de tal situación; pero tal vez sí lo sea el decir que el olvido —no el gran olvido que a veces, sólo a veces, genera la distracción, sino el pequeño olvido, el constante, signado, como el amor pequeño, el constante, por las grisuras de lo burocrático y las tristezas de lo acostumbrado—, el minúsculo y sistemático olvido que rodea a algunas obras desde su aparición, habla más de los lectores que de los autores; destacar también que, en un país donde se escribe mucho sobre poesía —quizás más sobre poesía que poesía—, a José Agustín Goytisolo no se le ha dado aún el espacio que lo corresponde. No obstante, sus textos gozan de buen salud, se los usa, al decirlos, al tenerlos por referencia en nuevas creaciones, al leer-

NOVEDADES



EDITORIAL
LUMEN

LOS LIBROS DE LA FRONTERA

LA NOVELA DE LA
MARGINACION MAS
OLVIDADA, EL MUNDO
DEL SUBNORMAL VISTO
DESDE EL ANGULO
MAS TRAGICO, NO POR
ELLO MENOS REAL.

SALVADOR GARCIA JIMENEZ
ANGELICOMIO

 PAPELERAS LITERARIAS



De venta en las principales
librerías.

Solicite catálogo a:

Los Libros de la Frontera
Cánoves, 32 -entlo.
Barcelona-35, tel.212.54.87



los a otros como propuesta de un camino que lleva a alguna parte: como los de Blas de Otero, los de José Hierro, los de Gil de Biedma, los de Celaya, los de Angela Figuera, los de Francisco Brines, los de Caballero Bonald y pocos más, seguirán en pie cuando ya no exista el estado de cosas en medio del cual fueron creados. Y no es poco mérito. Dicho esto a propósito del libro que hoy nos ocupa y de la decena que, nacidos del mismo padre, lo precedieron. Hay, sin embargo, un motivo para poner el acento sobre *A veces gran amor*: en sus páginas —gracias, en buena parte, a la sabiduría editorial de Ignasi Riera y, en otra buena parte, a la decisión y la laboriosidad de un grupo de estudiantes de la

Facultad de Filosofía y Letras— aparece un Joseagustín que merecería más atención: el magnífico conversador ante el cual muchos hemos lamentado más de una vez no disponer de un magnetófono ni ser taquígrafos. La transcripción de una charla pronunciada en la Universidad de Barcelona, que con el título "sobre el amor y otras nimiedades" hace las veces de introducción a la colección de poemas, en una excelente muestra de que es posible poner la erudición al servicio de la vida y de la comunicación entre seres humanos, sin recorrer la larga y difícil senda del bostezo; al contrario: con sencillez, inteligencia y claridad.

Horacio Vázquez Rial

Biografía de un hombre

Kafka, Klaus Wagenbach. (*Alianza Editorial, Madrid, 1981.*)

La personalidad de Franz Kafka es lo suficiente compleja para que se preste a todo tipo de invenciones. Esta biografía de K. Wagenbach es concisa y certera; lo mejor que puede hacerse tratándose de la obra y la vida de Kafka. Al fin y al cabo el hombre no inventa más que lo necesario para sobrevivir. Aquí Wagenbach estudia y desmenuza el complejo de circunstancias que llevaron a Kafka a dar la respuesta que, sorprendentemente, era la adecuada a su sociedad. Y porque no quiso prescindir del mundo, en el que tenía que dar la respuesta que le permitiera sobrevivir, hoy Kafka nos sigue interesando. También analiza esta biografía las características peculiares de su estilo, cuya calidad ha

posibilitado que su obra llegue hasta nosotros, que haya despertado nuestro interés, y que su magia continúe impresionándonos.

Toda contradicción tratándose de Kafka no es menos veraz en cualquiera de sus extremos. Cuando Wagenbach refiriéndose a la primera rotura del compromiso con Felice nos dice que hemos de distinguir exactamente "entre la 'afioranza' kafkiana de una vida natural y la decisión de no ceder ante ella", se refiere a que por una parte Kafka "no quería 'curarse del todo'", desde luego no por mera autopunición, sino precisamente porque un aislamiento absoluto del mundo que le rodeaba tampoco le hubiera facilitado

duda, el personaje mejor trazado. Su temor, desconfianza y debilidad, junto a la sensibilidad y el afecto que lleva dentro de sí y ha de expresar, hacen de él un personaje complejo, que no encarna sólo los valores de la cultura dominada, sino el reto fundamental del hombre: la aceptación de sí mismo. Aziz es más sutil, más sensible, más inteligente, más débil que Fielding, su oponente inglés. Y, sobre todo, más apasionado. Aziz es capaz de vibrar. El argumento que envuelve a los personajes es mínimo y se edifica sobre un malentendido: la infundada acusación a Aziz de haber abusado de miss Quested. Error que llega a ser desvelado, pero que sirve para sembrar la confusión. Mrs. Moore es el único personaje capaz de lograr la conciliación: ella sabe, sin necesidad de pruebas, que Aziz es inocente. En ella la pasión es conocimiento. «Me gusta el misterio —dice—, pero aborrezco la confusión.» Después de su muerte, se convierte en un símbolo para los indígenas que corean su nombre, deformándolo, en sus ritos religiosos. Pero Mrs. Moore era un símbolo desde su primera aparición en la novela. Lo que sucede es que, a diferencia de las otras novelas de Forster, en ésta los símbolos funcionan, porque encuentran su ambiente y su significado.

La despedida entre Aziz y Fielding, aunque constituye una derrota, no es amarga. Ellos desean reunirse, pero los caballos que cabalgan no les obedecen. Hay emoción y tristeza, pero el escenario grandioso, y, en gran medida, también cómico, redime de la tragedia. El paisaje que se ha ido apoderando de la novela, las descripciones precisas, seguras, subrayan el mensaje: la vida es misterio. Aziz y Fielding están inmersos en el misterio de la vida, y el misterio está lleno de dignidad. Lo reprobable es la confusión.—SOLEDAD PUERTOLAS.

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO: *A veces gran amor*. Editorial Laia, Barcelona, 1981. 112 páginas.

Cuando la obra de un poeta se instala, una y otra vez, en las mejores tradiciones, el resultado suele ser una fluida comunicación con el entorno. Hay en José Agustín Goytisolo un talante goliardesco inteligentemente atemperado y enriquecido por el uso de técnicas más depuradas. *A veces gran amor* es un libro paradigmático en la conversación goytisoleana. Es un amor que oscila entre el desenfado y el sabor amargo de sus culminaciones, colgado del péndulo de una ternura disfrazada, en ocasiones, de suave sadismo.

Si de alguna manera Goytisolo es uno de los poetas más «críticos» de su generación, se advierte, con la satisfacción de contemplar lo auténtico, que esa crítica persiste; que, como en el caso de Hierro, de Valverde y de Valente —que forman con él el gran acueducto de los 50—, el sentido del conjunto de su obra, escrita toda ella en el período autocrático, no está

inspirado por la inmediatez exigente, sino que apunta a lo que, a la postre, son miserias de cualquier momento histórico. La receta la da Goytisolo con su fe en el amor.

Y en medio de una edad de hastío y podredumbre
de espera y rabia oculta
tan sólo algunos niños se divierten
soñando a destruirse por huhardillas de sueños.

Esto dice J. A. G. en *El testigo implacable*. Y la palabra *edad*, en el primer verso, no es casual. Goysitolo es un poeta que releea, que elabora, aunque casi siempre consigue que no lo parezca. Su manera de lamentarse y su modo de confiar, a pesar de todo, me recuerda la actitud de Eugueni Evtuchenko, más aplicada a lo nuclear de la existencia humana que a la crítica sistemática de las fórmulas. Y de ahí (yo diría que en ambos casos) su supervivencia y también su eficacia.

El libro permite, como pocos, hacerse una ideal cabal de las claves del poeta. Hay paganismo, qué duda cabe; un descarado epicureísmo. Pero... inconfesadamente oculta entre una trivialización que nunca alcanza, porque siempre deja un regusto amargo (y lo amargo es profundo), está la obsesión, la gran obsesión. En toda la obra goytisoleana la Biblia aparece como un ángel vestido con papeles antiguos. Si toma su amor y nos lo ofrece, como refugio ante las agresiones, y a pesar de todo insiste en la esperanza, esa esperanza no es «en el amor», puesto que ya lo tiene, y lo reparte. La esperanza está puesta en una clave mallarmeana, ausente, en blanco y en silencio. En uno de los poemas del libro, *Que no faltes*, dice:

Tú que no me dejas ver
tiniebla disuélvete.
Tú que todo haces brillar
no me faltes claridad.

Hay una reiterada apelación a seguir por los caminos blancos y luminosos como en el poema «Salió la amapola», de clara coincidencia guilleniana:

Las hojas del chopo
son de un verde fresco:
contempla su luz.
También tú cambiaste
después del invierno:
contempla la luz.

Todo el libro es una lección de amor, afortunadamente imperfecto, insaciado y expuesto con hondura y maestría formal que son, probablemente, los dos aspectos poéticos que dan, a su obra y a la de los mejores de

su generación, la vigencia de que disfruta y el reconocimiento de los jóvenes poetas que, entre la hondura y la pируeta, han optado por la reflexión. A excepción del poema «Duerme en colchones», que me parece conceptualmente amanerado (ingenuo, en realidad), el libro está lleno de aciertos en la recreación del canto de distintas épocas y en su imaginería más peculiar. Aciertos que culminan con esos maravillosos versos que deberían haber cerrado el libro de *Cuando todo suceda* (nueva y poco velada alusión a la eterna lucha entre la luz y las tinieblas):

Digo: comience el sendero a serpear
delante de la casa. Vuelva el día
vivido a transportarme lejano
entre los chopos.

De nuevo en pie siguiendo tu estatura
regresaré a la casa lentamente
cuando todo suceda.

Verso este último que nos emplaza a la suave inquietud.—*VICTOR POZANCO.*